

averiguar. Imposible que yo no lo averigüe. Aunque tuviera que perder mi colocación, aunque me quedara sin camisa que ponerme... ¡Qué infamia! Y miren la otra, la mosquita muerta, con su cara de Niño Jesús y su fama de virtud. Sí, santidades á cuarto; véase la clase. Te aseguro que el día en que esto estalle y haya la gran tragedia, será el día más feliz de mi vida. ¿Pues qué cree ese? ¿Que se puede engañar, y engañar, y engañar siempre, y burlarse de los pobres maridos? Pues ya cayó otro; *solamente* que ahora no da con mi Fenelón, que era un santo y no sospechaba de nadie más que de los prusianos. Ahora da con un hombre templado, tu amigo, que no se conformará con esta deshonra, ¿verdad? Te aseguro que le va á arder el pelo al tal primito, con todo su mal de corazón y su extranjerismo.

Fortunata no chistó. Aquella revelación la había dejado tan atontada, cual si le descargaran un fuerte golpe en la cabeza.

Jacinta... ¡Jesús!... el modelito, el ángel, la mona de Dios... ¿Qué diría Guillermina, la *obispa*, empeñada en convertir á la gente y en ver la que peca y la que no peca?... ¿Qué diría?... ja, ja, ja... ¡Ya no había virtud! ¡Ya no había más ley que el amor!... ¡Ya podía ella alzar su frente! ¡Ya no le sacarían ningún ejemplo que la confundiera y abrumara! Ya Dios las había hecho á todas iguales... para poderlas perdonar á todas.

II

Insomnio.

I

A las doce de un hermoso día de Octubre, D. Manuel Moreno-Isla regresaba á su casa de vuelta de un paseito por *Hide Park*... digo, por el Retiro. Responde la equivocación del narrador al *quid pro quo* del personaje, porque Moreno, en las perturbaciones superficiales que por aquel entonces tenía su espíritu, solía confundir las impresiones positivas con los recuerdos. Aquel día, no obstante, el cansancio que experimentaba, determinando en él un trabajo mental comparativo, permitíale apreciar bien la situación efectiva y el escenario en que estaba. «Muy mal debe de andar la máquina, cuando á mitad de la calle de Alcalá ya estoy rendido. Y no he hecho más que dar la vuelta al estanque. ¡Demonio de neurosis ó lo que sea! Yo, que después de darle la vuelta á la *Serpentine*, me iba del tirón á *Cromwell road*... friolera; como diez veces el paseo de hoy... Yo, que llegaba á mi casa dispuesto á andar otro tanto, ahora me siento fatigado á la mitad de esta condenada calle de Alcalá... ¡Tal vez consista en estos endiablo-

dos pisos, en este repecho insoportable!... Esta es la capital de las setecientas colinas. ¡Ah!, ya están regando esos brutos, y tengo que pasarme á la otra acera para que no me atice una ducha este salvaje con su manga de riego. «Eso es, bestias, encharcad bien para que haya fango y paludismo...» Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... «Animales, respetad á la gente...» Prefiero las duchas... En fin, que este salvajismo es lo que me tiene á mí enfermo. No se puede vivir aquí... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen á uno estas hordas de mendigos. ¡Y algunos son tan insolentes!... «Toma, toma tú también.» Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de cobre, me divierto. ¡Aquí no hay policía, ni beneficencia, ni formas, ni civilización!... Gracias á Dios que he subido el repecho. Parece la subida al Calvario, y con esta cruz que llevo á cuestras, más... ¡Qué hermosos nardos vende esta mujer! Le compraré uno... «Deme usted un nardo. Una varita sola... Vaya, deme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur.» Me ha robado. Aquí todos roban... Debo de parecer un San José, pero no importa... «Yo no juego á la lotería; déjeme usted en paz.» ¿Qué me importará á mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito ó feo?... Se me ocurre comprar un billete y dárselo á Guillermina. De seguro que

le toca. ¡Es la mujer de más suerte!... «Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. Y tú, ¿por qué andas tan sucia?» ¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer á D. Alfonso: «Desengáñese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas.» Ya poco me falta. Francamente, es cosa de tomar un coche; pero no, aguántate, que pronto llegarás... Un entierro por la Puerta del Sol. No, lo que es aquí no me he de morir yo, para que no me lleven en esas horribles carrozas... Dan las doce. Allá están los cesantes mirando caer la bola. Buena bola os daría yo. Ahí viene Casa-Muñoz. ¿Pero qué veo? ¿Es él? Ya no se tiñe. Ha comprendido que es absurdo llevar el pelo blanco y las patillas negras. No me mira, no quiere que le salude. Realmente, es muy ridícula la situación de un hombre que se tiñe el día en que se decide á renunciar á la pintura, porque la edad lo exige ó porque se convence de que nadie cree en el engaño... Allí va en un coche la duquesa de Gravelinas... No me ha visto... «Abur, Feijóo...» ¡Qué bajón ha dado ese hombre!... Vamos, ya entro por mi calle de Correos. ¿Si habrá venido á almorzar mi primo?... Lo que es hoy me tiene que hacer un reconocimiento en toda regla, porque me siento muy mal... Que me ausculte bien, porque este

corazón parece un fuelle roto. ¿Será esto un fenómeno puramente moral? Puede ser. Ya veo el remedio... ¡Pero qué verdes están las uvas, qué verdes! Los balcones tan tristes como siempre. ¡Ah!... sale al mirador Barbarita para hablar con la *rata eclesiástica*... «Adiós, adiós... vengo de dar mi paseito... Estoy muy bien; hoy no me he cansado nada...» ¡Qué mentira tan grande he dicho! Me canso como nunca. Ahora, escalera de mi casa, sé benévola conmigo. Subamos... ¡Ay, qué corazón, maldito fuelle! Despacito, tiempo hay de llegar arriba. Si no llego hoy, llegaré mañana. Seis escalones á la espalda. ¡Dios mío, lo que falta todavía!»

Cuando llegó al principal, su hermana le esperaba en la puerta. «¿Te has cansado mucho?» «Así, así. ¿Dónde está Tom? Que venga.»

Moreno entró en su habitación, seguido del criado. Éste era inglés y le acompañaba en todos sus viajes. Decía el antipatriota que los sirvientes españoles son tan torpes que no saben ni cerrar una puerta. El suyo era de esos que hacen de la servidumbre una profesión inteligente, y se adelantan á los más insignificantes deseos de sus amos para satisfacerlos. En inglés le dijo Moreno que echase agua en uno de los búcaros que en la estancia había, para poner los nardos, y sin soltar éstos de la mano se dejó caer en el sofá. Vestía el caballero americana oscura y pantalón de cuadros, sombrero de copa, y los

indispensables botines blancos cubriendo las botas holgadasísimas, con suelas de un dedo de grueso. «¿Ha venido mi primo?», preguntó á Tom dándole las flores.

—El señor doctor está en la habitación de *miss* Guillermina.

—*Digale usted* que estoy aquí.

La fatiga del paseo y de la escalera le duraba aún cuando vió entrar al más simpático de los doctores, Moreno Rubio, despidiendo tufo de alegría, como un preservativo contra las tristezas de la medicina. Médico de gran saber y aplicación, había alcanzado mucha fama y tenía una clientela brillantísima.

—Hoy me vas á examinar bien...—le dijo su primo.—Figúrate que soy un desconocido que se te presenta en tu consulta. Déjate de bromas conmigo, y no me ocultes la verdad. Mira que te desacredito si no lo haces así.

—Bueno, hombre, descuida; te registraremos en toda regla—replicó el médico sonriendo y sentándose junto á él.—¿Te has cansado mucho?

—¿No me ves? También es gana de hacer preguntas. En cuanto almorcemos, me entrego á ti como un cadáver de la sala de disección.

—Pues mejor es antes (sacando la trompetilla y tornillándola).

—Bueno, pues ya puedes empezar. (Quitándose la americana.) ¿Me echo en la cama? Es

mejor, sí; aquí me tienes como un muerto, con las manos cruzadas.

—No, extiende los brazos. Así...

El doctor abrió la camisa y aplicó un extremo de la trompeta, inclinándose para poner su oído en el otro. «No te muevas... Ahora respira fuerte... da un suspiro; pero un suspiro grande, como los de los enamorados.»

—Me parece que tú estás de guasa. Pepe, por Dios, mira que esto es serio, muy serio. Llevo más de diez noches sin pegar los ojos, y tu dichosa digital no me alivia nada.

—Cállate y déjame oír...

—¿Qué notas?... ¿qué?

—Pero ten paciencia. Aguarda... Pues esto está muy malo. Hay aquí dentro un zipizape de mil demonios.

—¿Qué clase de ruido sientes? La sistole es demasiado fuerte y...

—Algo de eso.

—El empuje de la corriente sanguínea...

—Sí; pero prevalece un síntoma muy perro, un síntoma...

—¿Cuál es? dímelo. ¿Cómo se llama?

—Amor.

—¡Vaya! Llamaré otro médico. Tú no me sirves... con tus guasitas de mal gusto. ¡Ni qué tendrá que ver!...

—¡Pues no ha de tener que ver!—dijo Moreno Rubio poniéndose serio y guardando su instru-

mento.—No sé qué te figuras tú. ¿Quieres romper de un golpe la armonía del mundo espiritual con el mundo físico? Ya lo sabes; te lo he dicho mil veces. No necesito auscultarte más. Tienes desórdenes en la circulación, los cuales podrán ser muy graves si no cambias de vida.

—No parece si no que hago yo la vida del perdido (levantándose y volviéndose á poner su ropa).

—Haces la vida del caprichoso, que es peor. Te conviene una tranquilidad absoluta; renunciar á los deseos vehementes, á las cavilaciones que la no satisfacción de ellos te produce; viajar menos, ahogar todo apetito loco de los sentidos, renunciar á todos los excitantes malsanos; no me refiero solamente al café y al te, sino más principalmente á los excitantes imaginativos é ideales; huir de las emociones, y cortarte la coleta de banderillero, con intención de no dejártela crecer más; trazar una raya en tu vida y decir: «ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí». Si tuvieras treinta ó treinta y cinco años, te aconsejaría que te casaras; pero vale más que te hagas la cuenta de que por reciente providencia judicial... ó divina, han desaparecido todas las mujeres que hay en el mundo, casadas, solteras y viudas...

—¡Bah! ¡bah! Siempre la misma historia—dijo Moreno-Isla, tomándolo á broma.—¿Pero tú eres un médico ó un confesor?

—Las dos cosas—afirmó el otro con serenidad y energía.—Si no haces lo que te he dicho, Manolo, si no lo haces, te mueres, y pronto. De modo que ya sabes mi opinión. No vuelvas á consultarme. No sé más. He agotado mi ciencia contigo. Si hay algún colega que encuentre el medio de poner de acuerdo tus costumbres y tus pasiones con una ordenada y sana función vascular, llámalo y entiéndete con él.

El criado anunció que el almuerzo estaba servido. «Vamos en seguida—dijo el enfermo, cogiendo á su primo por el brazo.—Espérate un poco, que te quiero consultar otra cosa.»

Detuviéronse un instante en la habitación, y D. Manuel, poniéndole una cara muy seria, hizo á su primo esta pregunta: «Vamos á ver, sin guasa. En mi estado, sea bueno, sea malo, en mi estado presente, fijate bien, tal como ahora estoy, ¿podría yo tener hijos?»

Moreno Rubio soltó la carcajada.

—Hombre, no digo que no. Podrías tener una escuela de párvulos.

—Quiero decir... pero respóndeme en serio... quiero decir si tal como estoy, con la tuberia descompuesta...

—Ya lo creo, por poder...

—Esto te lo digo, porque después de eso me decidiría á aceptar lo que propones, el retraimiento, cortar la coleta, etc...

—Mira, inocente, no te cuides de aumentar

la especie. Mientras menos seres humanos nazcan, mejor. Para lo que vale esta vida...

—Creo lo mismo... pero á mí me gustaría tener la seguridad de que... Es un ejemplo, un por si acaso nada más. No creas que me parece mal tu plan de vida vegetativa. Yo lo adoptaría, si, señor; pero á su tiempo.

—Primo—le dijo el otro mirándole con socarronería,—si quieres hijos, haberlo pensado antes.

—No, tonto, si no es que yo los quiera, ni maldita la falta que me hacen á mí chiquillos. Si esto te lo pregunto hipotéticamente. Me basta con tener conciencia de mi aptitud... Curiosidades de enfermo.

—Qué ¿no vienen?—dijo presentándose en la puerta la hermana de Moreno-Isla.

—Vaya unas prisas. Ya vamos. ¡Para la gana que uno tiene!...

—Pero la tengo yo, canastos—dijo el médico.

II

Por la tarde pidió Moreno su coche y estuvo haciendo visitas hasta las siete. Comió en casa de los de Santa Cruz, y éstos le notaron sombrío, padeciendo chocantes distracciones, y tan indiferente á todo que ni siquiera tomaba con calor la defensa de sus principios y gustos extranjeros cuando Barbarita, por combatirle la

murria, sacaba á relucir algún tema de entretenida polémica sobre este punto. Algo dijo, sin embargo, que animó la desmayada conversación de aquella noche. «¿Saben ustedes cuál es una de las cosas que me cargan más en España? La costumbre que tienen las criadas de ponerse á cantar cuando trabajan. Parecía natural que en mi casa me viera yo libre de este tormento. Pues no señor. Tiene mi tía Guillermina una criadita cuya boca vale por dos murgas. No vale mandarla callar. Obedece durante diez minutos, y de repente vuelve otra vez con *el señor alcalde mayor*. Dice que se olvida. Creánmelo ustedes. Le rompería la cabeza.»

—¡Y me quieres hacer creer que en el extranjero...! Pero Manolo...

—¡Ah! no, señora... esté usted segura de que si en Londres una criada se permitiera cantar, pronto la pondrían de patitas en la calle. Es que ni se les ocurre tal disparate.

—Lo creo; tan sosas son.

—Es que esta pícara raza, que no conoce el valor del tiempo, tampoco conoce el del silencio. No podrá usted meterle en la cabeza á esta gente la idea de que la persona que se pone á pegar gritos cuando yo escribo, ó cuando pienso, ó cuando duermo, me roba. Es una falta de civilización como otra cualquiera. Apoderarse del silencio ajeno es como quitarle á uno una moneda del bolsillo.

Estas cosas hacían gracia, y aquella noche las rieron más, para animarle. Invitado por Juan á ir al Teatro Real, lo rehusó. Había en la casa muy poca gente: Guillermina en su rincón, don Valeriano Ruiz Ochoa y Barbarita II. Barbarita I había concebido el loco proyecto de casar á Moreno con esta sobrina suya, que era muy mona; y comunicado el pensamiento á Jacinta, ésta lo encontró de lo más insensato que se le podría ocurrir á nadie. «¡Pero mamá, si mi hermana no tiene más que diez y ocho años, y Moreno anda ya cerca de los cincuenta, y además está enfermo!»

—Cierto que hay diferencia de edades—decía la señora riendo,—pero es un gran partido. Anda con repulgos, y verás cómo le cae á tu hermana un subteniente, un oficial de la clase de quintos ú otra lotería semejante. Este hombre es un buenazo muy rico, y eso que padece no es sino aburrimiento, mal de soltería, lo que los ingleses llaman *esplén*. Cásale y se le quitan diez años de encima.

Jacinta no se convencía, y en cuanto á la enfermedad, su opinión era muy distinta de la de su suegra. Aquella noche le cogió por su cuenta para echarle un buen réspice. Estaban en el despacho, apartados de los dos grupos de tresillistas (D. Baldomero, Ruiz Ochoa, su señora, Pepe Samaniego y otros). Barbarita II y su hermana tenían delante á Moreno, que en los pri-

meros momentos de aquella situación decía de dientes para adentro: «Creo que si no estuviera presente la polla, le diría algo. Me enfada esta niña con su inocencia y su cara bonita. Parece que se la pone al lado como un escudo contra mí... Es fatalidad ésta: las pocas veces que la cojo sola, no adelanto nada. Si le digo cualquier reticencia delicada, se hace la tonta. Evita el encontrarse sola conmigo, y ahora trae siempre á rastras el espantajo angelical de su hermana para asustarme.»

—Pero qué callado está usted...—observó Jacinta sonriendo.—¿Qué, se siente usted peor? Dice mamá que si usted se casa, se le quitarán diez años de encima. Conque decidirse...

La fisonomía del misántropo se iluminó al oír esta peregrina receta.

—También yo lo creo—dijo.—Vea usted: un remedio que parece tan fácil, es imposible.

—Justo; como se ha concluido el género femenino... Tiene usted razón: ya no hay mujeres.

—Para mí como si no las hubiera... ¿Qué le dije á usted ayer? Ya no se acuerda. Si ya se sabe: cosa que yo le diga á usted es como si la escribiera en el agua.

—De veras que se me ha olvidado. ¿Te acuerdas tú, Bárbara?

—No, si Bárbara no estaba presente.

—No importa. Todo lo que usted me dice á mí, al instante voy á contárselo á mi hermana.

—Sí, es usted muy cuentera. ¿Y por qué se lo cuenta usted á su hermana?

—Porque le hace gracia.

Moreno no pudo disimular la profunda tristeza que se apoderaba de él.

—¿Pero qué tiene usted?... Esta noche le encuentro más *esplinado* que nunca.

—¿No nos contaba ayer que dejó tres novias en Londres?—apuntó Barbarita, que gustaba de buscarle la lengua.

—Sí; pero á esas no las quiero—replicó Moreno con la ingenuidad de un niño. Y luego, revolcándose en aquella tristeza, contra la cual nada podía su dominio de hombre de sociedad, se espetó otro monólogo:—Ya estoy entrando en el período pueril... La tontería y la incapacidad me invaden... Esta mujer, con su frialdad y su ironía, me ha puesto el pie sobre la cabeza y me la ha aplastado, como la Virgen la de la serpiente... Ya empiezo á estar en ridículo...

—¿Por qué no le repite usted esta noche á mi hermana lo que le dijo la semana pasada?—dijo Barbarita II al melancólico caballero.

—¿Yo... que...? (asustado, como quien despierata de un sueño). Yo... no le he dicho nada.

—Sí, la semana pasada, cuando fuimos á la Casa de Campo, y se puso usted á contar el cuento de aquella inglesona que le quiso pegar un tiro porque le dijo no sé qué en un tren.

—No me acuerdo—dijo el misántropo con todas las apariencias de un estúpido.

—Este hombre—indicó Jacinta,—cuando tocan á olvidarse, no hay quien le gane. Me dijo usted que se casaba si yo me comprometía á buscarle la novia...

—¡Ah!... Pues no; me desdigo, recojo la proposición. Si ha empezado usted sus trabajos, délos por inútiles. Pagaré indemnización, si es preciso.

—Ya lo creo que es preciso... Poquito que había yo hecho ya. ¡Vaya que la formalidad de usted...!

Ambas se pusieron muy serias. Notaban en Moreno palidez mortal, gran abatimiento, y un cierto olvido, extraño en él, de la atención constante que se debe prestar á las señoras cuando se platica con ellas. Jacinta se inclinó un poco hacia él abriendo su abanico sobre las rodillas, y le dijo en tono muy cariñoso: «Amigo mío, es preciso que usted se cuide y mire más por su salud. Esta tarde nos encontramos á Moreno Rubio en casa de Amalia, y me dijo que lo que usted padece no es nada, pero que si se descuida y no hace lo que él le manda, lo va á pasar mal. Usted no es un niño, y debe comprenderlo. ¿Por qué no hace caso de lo que le dicen las personas que le quieren bien y que se interesan por usted?»

Moreno la miraba extático. Algunos mono-

silabos salieron de su boca; pero aquellos pedazos rotos de su pensamiento más bien parecían de aquiescencia que de protesta. Jacinta siguió hablándole en un tono dulce, tiernísimo, y más bien parecía una madre que una amiga.

—¡Cuánto nos alegraríamos de verle á usted bueno y sano, y qué fácil sería con buena voluntad!... Porque lo que usted tiene no es más que malas ideas. Así me lo dijo su primo, y viene bien esta opinión con lo que yo creía. Es lástima que teniendo todos los medios de ser feliz no lo sea. ¿Qué le falta á usted?...

Moreno sentía que el corazón se le hacía pedazos. «¿Pues no dice que qué me falta?... Si me falta todo, absolutamente todo. ¡Ay, qué mujer! Si sigue en esta cuerda, creo que me pongo más en ridículo.»

—¿Qué le falta á usted? Nada. Si no se le pusieran en la cabeza cosas imposibles, estaría tan campante. Lo que tiene usted es mucho mimo. Es como los chiquillos.

«¡Ya lo creo; soy como los chiquillos!» pensaba el infeliz caballero.

—Moreno Rubio lo ha dicho y tiene razón: usted tiene en su mano su salud y su vida. Si las pierde es porque quiere. Parece mentira que un hombre de su edad no sepa ponerse á las órdenes de la razón.

«¡La razón! Buena tía indecente está» observó D. Manuel dentro de su pensamiento.

—Y sacudir las malas ideas y atemperar el espíritu; no desear lo que no se puede tener, y hacer vida ramplona, sin empeñarse en que todas las cosas se desquicien para acomodarse á su gusto y satisfacción. ¿Qué es el *esplin* más que soberbia? Sí, lo que usted tiene es soberbia, el *usted* satánico. Estos inglesotes se figuran que el mundo se ha hecho para ellos... No, señor mío, hay que ponerse en fila y ser como los demás... ¿Conque se cuidará usted, hará lo que le manda su primo y lo que le mande yo?... porque yo también soy médica... Otra cosa: aquí en España está usted siempre renegando y echando pestes. Esto no le gusta, ¿pues para qué vive aquí? ¿Por qué no se va á Inglaterra?

—Ya me quiere echar... ¿ve usted?...—dijo Moreno mirando á Barbarita y esforzándose en sonreír para ocultar su turbación.—Y luego quieren que no viaje.

—No; no le conviene andar siempre de ceca en meca, como un viajante de comercio que va enseñando muestras. Márchese á su Londres, estése allí quietecito, muy quietecito, y si se le presenta una inglesa fresca y de buen genio, cásese, apechugue con ella, aunque sea protestante... ¡Ay, Dios!, que no me oiga Guillermina; sí, cásese, y verá cómo se le pasan todas las murrías, y tendrá niños... Me comprometo á ser madrina del primero... digo, si es que le bautizan. Y hasta madre me comprometo á ser si me

le dan... le tomo, aunque esté sin cristianar. Yo le bautizaré. Pero no hay que hablar de esto. Me contento con ser madrina del primer Morenito que nazca, y le diré á mi marido que me lleve á Londres para el bautizo...

Moreno se levantó. Se sentía muy mal, y las palabras de la Delfina le excitaban extraordinariamente.

—¿Pero se va usted?... ¿Se ha puesto malo? ¿Es que no le gustan mis sermones?

«Si no me voy, la entrego—pensaba el misántropo, apretando los labios...—Esta picara me está asesinando.»

—¿Te vas, Manolo?—le preguntó D. Baldomero desde el otro extremo de la habitación.

—¡Si me echan, padrino...! Su hijita de usted me quiere desterrar.

—¡Ay, qué pillol... Si es todo lo contrario.

Barbarita I se adelantó, diciendo: «Extravagante, coge del brazo á la polla y pásate un momento de aquí á mi gabinete y de mi gabinete aquí. ¿Te sientes mal? Eso no es más que nervios. Distráete un poquito. Bárbara, anda.

Moreno le dió el brazo á Barbarita II, y empezaron los paseos. De su conversación insubstancial cogió al vuelo Jacinta algunas cláusulas, cuando la pareja, en aquel ir y venir de una estancia á otra, pasaba junto á ella: «¿Yo? no... me lo puede creer...» «¡Ay, qué cosas se le ocurren!... ¡Pero qué malo es usted!...» «En cuanto

vaya allá me voy á convertir al judaísmo.»
«¡Jesús!...» «¿Que yo tengo novio? ¿De dónde ha sacado eso?...» «Lo apuntaré para que no se me olvide...» «No, si á mí no me gustan los pollos...»

—Si ésta fuera más lista—dijo la señora de Santa Cruz á su nuera,—creo que le cazaba.

Pero Jacinta era muy incrédula en este particular, y miraba tristemente á la pareja cuando pasaba. Al retirarse, Moreno pudo hablarle un instante sin testigos.

—Se hará lo que usted desea... Se ha de cumplir todo el programa... todo, hasta en lo que se refiere al *nene*. Tendrá usted su *Morenito*.

Jacinta observó en su mirada una expresión tan tétrica, que no pudo menos de decirse: «Está ya completamente trastornado.»

Moreno salió con paso inseguro... La cabeza se le desvanecía, y al bajar la escalera tuvo que agarrarse al barandal para no caerse... «Cuando digo que me he vuelto tonto, pero tonto de remate... Ya no sé pensar. No sé adónde diablos se me ha ido la razón... Esta mujer me ha embrujado... Nada, enteramente imbécil.»

III

En la soledad de su alcoba encontróse mi hombre más dueño de sí mismo, habiendo venido aquella turbación inexplicable con que sa-

liera de la casa de Santa Cruz. Despidió á su criado después de quitarse la ropa, y envuelto en su bata se tendió en el sofá. En aquellas tristes horas engañaba el insomnio paseándose á ratos por la habitación, á ratos echado y descabezando un ligero intranquilo sueño. Acudían entonces á su memoria las acciones é imágenes de aquel día ó de los anteriores, á veces las de fechas muy remotas y que no tenían relación alguna con su situación presente. Aquella noche, cosa rara, apenas salió el ayuda de cámara, Moreno se quedó profundamente dormido en el sofá, sin soñar nada; pero despertó á la media hora, no pudiendo apreciar el tiempo que su letargo durara. Al despertar huyó de tal modo el sueño de su cerebro y hallábase tan inquieto, que ni siquiera admitía como probable la idea de dormir. A la manera que el jugador saca las piezas del ajedrez y las va poniendo sobre el tablero de casillas blancas y negras, así fué sacando sus ideas. Tenía por pareja á sí mismo en aquel juego... «Adelante un peón.»

«¡Te has lucido! ¡Campaña como esta!... ¿Cuánto tiempo hace que estás en España? A poco más, año completo. ¿Y para qué? Para nada. ¡Pobre hombre! Lo que me pareció fácil, resulta no ya difícil, sino imposible... Para más contrariedad, delante de esa bendita y maldita mujer, me convierto en el más insípido de los colegiales. ¿Por qué es esto? Y dime otra cosa, idio-